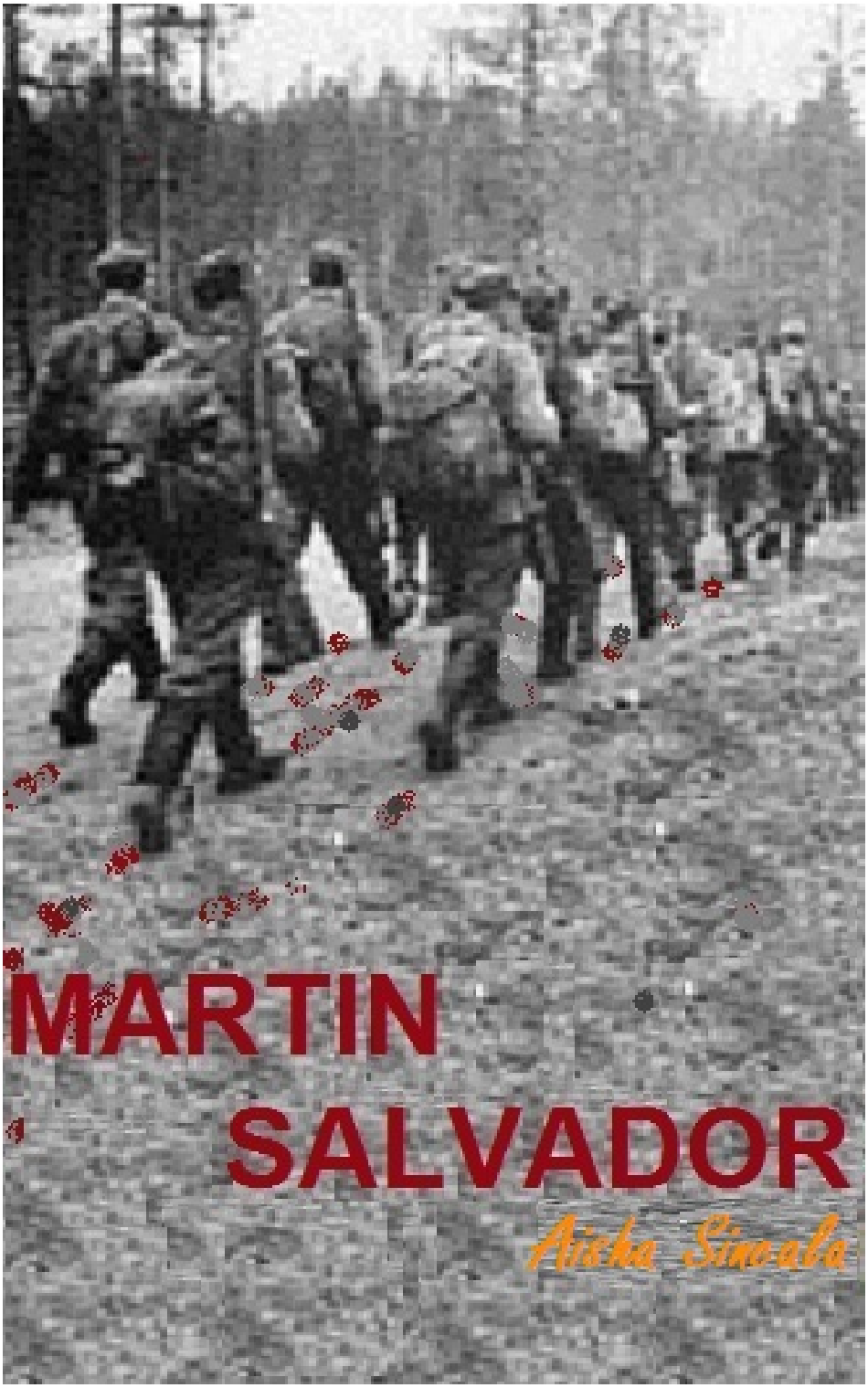
MARTIN SALVADOR

Aisha Sincala



Capítulo 1

No, no recuerdo muy bien. Todavía tengo muchas lagunas.

Llegaron por la noche, en fila, uno detrás de otro. Hablaban muy fuerte y reían con gana. Se me hizo raro que Salvador no los oyera llegar. Me levanté y a tientas trataba de encender la luz, mientras la luna llena mostraba las siluetas de los visitantes arrimando los taburetes y revisando la despensa.

El que parecía ser el jefe, un hombre muy alto, de piel algo oscura y voz bastante grave saludó disculpándose por la molestia. Ignoré la disculpa y pregunté qué los traía por la escuela; respondió que eran del ejército nacional, que estaban en recorrido de rutina y se habían alejado un poco del campamento, pidió permiso para pasar el resto de la noche ahí y continuar su camino al amanecer.

No estaba cómoda con tener que albergar once desconocidos en la escuela, que también era mi casa, aunque fuera por pocas horas, pero tampoco tenía tantas agallas como para una negativa tajante y así, sin que mediara un sí o un no, al poco ya algunos estaban sentados en el suelo, recostados contra la pared, mientras otros bebían de sus cantimploras, acomodados en la hamaca y tres taburetes.

No pregunté más. Fui a la cocina y calenté la sopa de arroz con fríjol y plátano verde que había preparado para el almuerzo del día siguiente, les serví y me retiré deseándoles que descansaran.

Volví al cuarto, apagué la luz y puse el seguro a la puerta, pero dejé abierta la ventana que me dejó avistarlos cuando llegaron. Temí que lo tomaran mal si la cerraba y se me ocurrió que, además, de esa manera haría menos evidente el miedo que me infundía su presencia.

Hasta ahí lo tengo claro. Lo demás no lo recuerdo tan bien, ya sabe… eso fue hace nueve años.

No lo podría jurar pero creo que no dormí y que pasé cuatro o cinco horas en la cama, con los ojos cerrados, sin moverme, oyendo lo que conversaban, sin entender mucho de lo que decían. O decía, porque en mi cabeza solo resuena la voz del hombre alto, los demás respondían con monosílabos y frases muy cortas y confusas. Y reían. Hasta llegué a pensar que lo que bebían de sus cantimploras no era agua sino licor.

Tampoco me atrevía a mirar por la ventana. No había olvidado las historias que en mis tiempos de estudiante circulaban en La Pedagógica, sobre los maestros desaparecidos y las cabezas flotando en el Maipirí y aunque ya llevaba quince años enseñando en La Florida y ese pueblo está

más cerca de la luna que del Maipirí, era la primera vez que recibía una visita tan peculiar, no distinguía las insignias de un vigilante de las de un general de la república y sabía que los grupos alzados en armas también vestían prendas "de uso privativo del glorioso ejército nacional".

Como a eso de las cuatro y media de la madrugada, quince o veinte minutos después de que se marcharon, me asomé por la ventana y alcancé a divisarlos subiendo por la trocha que lleva al cementerio y empata con la carretera principal.

Me levanté y vi que lloviznaba. Me sentía mareada. Recogí las tazas y comencé los preparativos para recibir a los nueve muchachos y seis niñas, que asistían en forma regular a las clases y justificaban mi salario y mi presencia en esa escuela.

Eran las ocho de la mañana y como no llegaba ninguno de los estudiantes, intrigada, caminé los sesenta metros de potrero que separan la escuela de la calle y cuando llegué a la cuneta tropecé con la cabeza de Salvador. Tenía los ojos muy abiertos, mirando hacia arriba y la boca entreabierta dejaba ver la lengua un poco más oscura de lo normal. Más adelante el cuerpo y, entre los dos, un charco de sangre represada a medio coagular. La nata de encima me recordó el bote de pintura color chocolate que los alumnos dejaron abandonado, después de los retoques a la túnica de San José, unas semanas atrás. El collar lo tenía enredado en una de las patas traseras.

La calle estaba vacía. Las piernas me temblaban. Hacía mucho frío y tenía ganas de vomitar. Comencé a bajar, camino de la plaza del pueblo. Ahí, en el parque, debajo del samán vi, tirados, muchos cuerpos y ninguna cabeza y en el atrio de la iglesia, sentados, el padre Abelardo, el doctor Benavides y Don Jerónimo, el Alcalde, parecían estar descansando, dormidos, recostados uno contra el otro, sentados sobre un charco rojizo, como de agua teñida, que corría despacio, escalón por escalón, goteando de a poco, para terminar perdiéndose entre las rendijas de los adoquines.

¿Qué hice después? No sé. Cuanto tiempo caminé, tampoco. Ya le dije, han pasado nueve años, no recuerdo muy bien. Me contaron que llegué el lunes 18 pasadas las dos de la tarde a casa de mi madre en Ocamonte, que lucía muy mal y no hablaba, que me habían reportado desaparecida junto con el teniente Guzmán y otras quince personas más el martes 12 de Marzo, cuando las autoridades de Valdemar hicieron el levantamiento de los cadáveres que dejó la masacre de la noche anterior en La Florida.

Qué más le puedo decir… mamá falleció al año siguiente y yo ya no enseño. Cuando murió compré una casa y me mudé a Valdemar, le mandé adaptar un pequeño local y organicé una papelería. Ahí vivo con Martín Salvador que el 14 de Diciembre celebró su noveno cumpleaños.

Nació en Ocamonte, dos meses antes de la muerte de la abuela, y es un niño muy alegre e inteligente. Ahí vivo y la crianza y el negocio ocupan todo mi tiempo.